



**PRETÉRITO IMPERFECTO**

**CARLOS JIMÉNEZ**

**ARRIBAS POESÍA**

[...]

*Cantar de los cantares*

BAJABAN en ondulación, igual que el pelo suelto de una concubina, daban saltos casi imperceptibles que de lejos parecían bucles en la liberada cabellera de una reina antes de ser decapitada. Musicales, como cae un rizo sobre un pómulo, bajaban ellas temblorosas entre verdes matorrales y ciclópeas piedras y así doblaban en la mente la escalada propensión de su descenso. Nadie les silbaba el ritmo al que tenían que bajar, ningún cabrero orquestaba aquel deshielo gradual de lo más negro; solo la obstinación de las cigarras, la tarde y su declinación de imágenes, las trochas que formaban en la cordillera un laberinto. Bajaban, recubrían con su manto la extensión piramidal de la ladera por el nubio zigurat de los matojos hasta el cielo inscrito de los nombres. Bajaban en racimos bien colmados de uvas negras, derramaban el almizcle y las metáforas, retenían con las patas delanteras el precipitado peso de los montes, y el cielo inverso y vertical se alzaba ya debajo de sus barbas. Bajaban en zigzag, se hacía trizas el aroma del tomillo, el zumbido polifónico de las abejas, y ellas renunciaban a la jerarquía de los sentidos, a la contención ajena del redil o la diadema. Bajaban como indios con pelliza y pelo suelto y no empuñaban otro rifle que su sed, ni más armas afiladas que sus cuernos. Buscaban la hondonada del cañón, y las guiaba allí el pendón de polvo seco que dejaba atrás la caravana. Bajaban sin principio ni final, como una imagen en certera dimensión de que bajaban. Solo la mirada del poeta percibía en el perfil de la montaña la cadencia de animal con que vibraba el lomo de las plantas. Luego pensaba en el cabello de su amada y se lo imaginaba exactamente así, como esas cabras que bajaban ondulantes por los montes de Galaad.

VENÍAN por los campos cerealistas, silenciosos y en manada, igual que grandes dioses ancestrales; las hoces a la espalda, la barba llameando entre el rastrojo. Los vencidos surcos que pisaban anunciaban la proximidad de aguas lustrales y mañanas de rasura. El polvo en las cunetas era un hombre más, coronado de grama en su aura súbita. Venían elevados como álamos, le daban forma así y sentido a los caminos. Una estela de sombra los seguía, un destello metálico de fragua sin martillo. Las sierras se encrespaban ante ellos con el fieltro inaugural de los carrascos. Ladera arriba, hundían las miradas en el monte, los ojos verdinegros como las encinas. Allí los sorprendía la noche fiera, la ración de alcohol translúcido y el humo del cigarro. Cuando despertaban, el cielo parecía de un azul insólito después de haber pasado tantos días encorvados. Allá abajo, los vergeles se abrían para ellos con un aroma a campos de tabaco y grandes reses gemebundas. Inauguraban sus abarcas la estación nueva del año, con ellos y su paso se cumplía el rito fiel de las cosechas. Venían a recoger lo que era suyo en esta tierra, después de haber segado el fruto de otros en la tierra ingrata del jornal y el rancho sin cuchara. El pueblo se llenaba de chiquillos, de navajas y de espuma, de agua entibiada al sol y calles recién barridas para recibir la nueva mies del cuerpo erguido. Después de cada tajo diestro, la barba iba cayendo en pliegues hasta que daba con todo su mullido peso en tierra. Ellos se agarraban al asiento del barbero, cerraban tanto los ojos como los abrían los muchachos que espían desde la sombra el ritual de purgación sin llanto. Eran necesarios varios filos para rasurar un solo rostro; los aprendices repasaban las navajas y le daban al maestro con presteza y ceremonia la cuchilla que sustituía al hierro ya embotado en ese vello indómito y boscoso. Hombres como castillos tiritaban bajo el tibio amor de los metales; capas de polvo y sol caían con el vellocino turbio, descubrían rostros blancos de una palidez mayor que la de las enaguas. Hombres que no reconocían su mentón gentil y reluciente en el espejo se levantaban con un halo de fulgor sobre los cráneos y el aroma a menta en cada poro limpio. Hombres que, horas más tarde, cuando las huertas exhalaban su frescor, cuando la música y el vino habían puesto un poco de dulzura dentro de sus cuerpos, entraban con su ira o solo su pasión en nuestros cuerpos.

TREPABAN con el mes o con la vista, no se sabía muy bien qué ritmo las guiaba en su ascensión, si eran las ganas de colmar la primavera con aquel manto amarillo, o la mirada impuesta, prenupcial, de todos los poetas. Trepaban y dejaban descubiertos los muñones de las canchas, el cardenal de los calveros, la pluma más verde que el río de los álamos. Trepaban con un vuelo de pistilos, y el bucle de oro en la distancia hacía olvidar su deslucido empleo como escobas que barrían las cuadras, la trabazón apelmazada de lo más tupido de sus fibras en el techo de las chozas, su seca estopa para encender hogueras que desaparecía después con gesto retorcido entre los leños. Trepaban por las faldas de la sierra, y tocaban a su fin los días de contemplación para los jornaleros. Cuando las últimas tonalidades del fulgor llegaban a la cima, era la hora de escupir con tino y empuñar la hoz, doblarse mansamente hasta rozar la tierra con los codos. Ellas trepaban con la luz inaplazable que doraba los trigales, y las laderas se llenaban de cenefas de barniz y ocre sin brillo. Solo el ocioso se atrevía a imaginar dormido al mineral, con la raíz hundida bajo las primeras rocas, multiplicado en un sinfín de pliegues hasta la extensión del horizonte. Solo los curas y los caminantes contemplaban con serenidad a la resucitada, a la mujer muerta que era reivindicada por la gracia de la flor como montaña. La tarde al fin mojaba su pincel, iba ocultando los contrastes entre el vértice y las cárcavas, la abigarrada mole de pulidas formas, y ellas trepaban con una crepitación final que coronaba el pico bajo el brillo anaranjado de la luna. Mientras dormían en sus fundas de cuero el pedernal y los metales, el peregrino las unía en la imaginación con las estrellas, el sacerdote repasaba, insomne, su rosario transformado en sarta de botones amarillos, y el segador soñaba con llanuras de paja, con montañas de trigo.

[...]

COLMABAN una red de oscuras celdas. Los llamaban a filas dos veces, una para defender la idea de la patria que al final fue derrotada, otra para rellenar los nichos de los vencedores. Como un cuerpo sodomizado por todos sus orificios. Hacían falta féretros para la galería central, el Régimen empleaba todas sus fuerzas en la terminación de un laberinto mortuorio digno de Piranesi, y había que sacar los muertos de debajo de las piedras. Por si no habían caído suficientes de los suyos, de los que había hecho suyos a golpes de silbato, miedo y geografía, de los que no eran suyos pero podían servir en aquel trance para serlo. Era mejor desenterrarlos de fosas comunes, tal y como aconsejaba un ministro con sagacidad de viejo general, porque así se saltaban oficialmente uno de los enterramientos. Colmar los nichos, no con muertos, le resumía su ayuda de cámara al Caudillo, sino con desaparecidos. Un filósofo sumiso pensó escribir sobre esa aporía, todo un sindióis ontológico, tal y como lo llamó cuando lo expuso en la tertulia del café, pero no había tiempo para respuestas, y empezaron a buscar muertos ajenos no comprometedores. Algún poeta afín al Movimiento quiso decir lo que pensaba, no ya escribirlo, contarle a alguien con más influencia en las altas esferas que rellenar las celdas de otra cosa que los propios caídos era subvertir, si no la función, al menos la legitimidad del gigantesco túmulo. Pero no había tiempo para glosas ni para sonetos y urgía dar con un número significativo de cadáveres. El motivo de la muerte daba igual, aunque las circunstancias trágicas que acababa de atravesar el país garantizaban carne de cañón para emplastar cientos de cámaras. Los enterradores no acababan de entender su nuevo oficio, los camioneros miraban por el espejo retrovisor por si caía al suelo alguno todavía vivo, las ratas no sabían con certeza qué mordían al morder, los frailes bendecían a todos por igual, hijos de Dios en el subsuelo igualador de aquel enorme pudridero, las familias trasladaban su dolor indocumentado como una triste caravana de gitanos, y la cruz seguía diciendo que tenía razón con un eco granítico entre los nevados picos. Cuando quedó completo el suficiente número de nichos, el monumento fue por fin inaugurado. Solo faltaba por colmar la tumba principal. Y desde aquel instante, los que conocían el secreto miraban con ojos recelosos al Generalísimo; porque, si habían metido en las oscuras celdas a los muertos que no eran, ¿quién podía asegurar que lo enterrado un día bajo el altar fueran sus generales huesos y no otros?

BORRABAN el contorno hasta sentir lo manco. Lo tuerto. Lo cojo de un pasado inmemorable, inquieto. Brochas de cerdas afiladas esculpían la verdad de forma inversa para hacer surgir un cráneo acribillado, un omóplato partido, los puños apretados de dos fémures. Borraban el perfil de lo que fue la Historia, y los libros se quedaban obsoletos, nadie nació cuando decía que había nacido, nadie murió de muerte natural o hastío de vivir, no había ya surcos, alamedas, alquitrán igualador, pactos de silencio. Como una silla que se hiciera un tajo, o un gato de tres patas que cazara más ratones con el rabo. Ellos borraban, y quedaba expuesta una vitrina sin cristal, un cúmulo rectangular de huesos abrazados por el barro en frenesí de grumos y raíces. El espectáculo recordaba las primeras instalaciones de algún artista que defendía la paz acumulando los enseres inservibles de la guerra, pero estos huesos eran de verdad. Quizá por eso respetaban las aristas de una fosa que se convertía en altar. Igual que el alma toma la forma del cuerpo, el medio proclama lo que fue su fin, y el genio del filósofo grita eureka porque ve que el continente era también el contenido. Borraban los perfiles por puro interés científico, sin ánimo de venganza, como restauradores de algún trámite insepulto. Habían sido instruidos por orfebres y le aplicaban el formol preciso de la luz a la memoria. Eran llamados si el agricultor pinchaba en hueso, si la reja del arado arremetía contra algo más irreductible que una tierra endurecida a golpe de martillo, si en la mina florecía una veta más densa que el metal precioso. Cuando acababan su trabajo, no salían en las fotos, colgaban las botas de goma, el mono y el buril y abandonaban la furtiva luz del descampado. Era el momento de hacer cola para que los nietos vieran al abuelo fusilado, los hijos conocieran al padre desaparecido, al tío laminado entre dulces vetas de piritita, para que recordaran lo no visto los más viejos. Borraban el silencio, cualquier aspiración inútil a la idea de vacío, emborronaban el blanco ficticio de los anaqueles, la profiláctica compartimentación de los estantes, entraban con un súbito perfume en las enmohecidas páginas de todos los archivos, le daban a la tierra ahíta de cadáveres la voz que les negó, con el sepulcro, la evidencia: la certeza de que ellos también, alguna vez, habían estado vivos.

[...]

## EPÍLOGO

Para Begonya Pozo Sánchez

ESCRIBÍAN su nombre con los trazos ilegibles del que se pasa la vida dedicado a la prestigiosa esgrima de la versificación, firmaba cada uno con su pluma o su bolígrafo, renunciaban a la uniformidad que habría podido darle al acto el rotulador en manos de la presidenta del jurado, una joven profesora universitaria. Miraban de reojo al que escribía, cruzaban los dedos para que la estilográfica del vecino no tuviera tinta, trazara líneas más delgadas, menos firmes que la propia; o se embotara en una verdugada del papel con un chasquido de impotencia. Escribían su nombre con la convicción de que no quedaría nada más de todos ellos. El poeta maduro de modales exquisitos y patricios empuñaba su péñola cromada en oro, inauguraba el baile dieciochesco con sonora rúbrica. Seguía el editor con su bolígrafo de punta fina y le pasaba luego el acta al que tenía a su derecha, un catedrático informalmente vestido para la ocasión que ponía su firma con la pluma de las grandes ocasiones. El escritor de moda, parapetado detrás de su cuaderno de diseño y la estilográfica a juego, temeroso de enseñar la delgada y apretada efigie de su letra, firmaba con un medio gesto de zocato que impedía ver lo escrito, contemplaba luego con orgullo que su nombre en el papel no era más corto o menos nítido. Todos hallaban en la firma del otro un pequeño motivo para la sorpresa. La presidenta del jurado firmaba la última, con seguridad, estampaba los breves vuelos de una sola letra que la definía a la perfección, con su pequeño centro rococó y dos alas abiertas como una vitola. Después quedaban de repente mudos y turbados, conscientes de que el fallo al que habían acudido desde los cuatro puntos cardinales a los que los exiliaba, eso decían, la ignorancia de un país disperso y montañoso concluía con aquella danza de tirabuzones y respuntes a tres tintas. Entonces uno recordó premios que había ganado, jurados previos de mayor calado en el debate; otro recomendó con insistencia el aumento de la dotación; un tercero habló de editoriales con mayor prestigio para la publicación del manuscrito ganador; otro llegó a decir que nada era exagerado para dignificar al poeta fallecido cuyo nombre había inspirado aquel certamen; otro, en fin, quiso abrir por curiosidad el resto de las plicas, y la joven se negó desde la autoridad, eso decía, que ostentaba como presidenta. Entraron con alivio o con desgana en el salón climatizado de los modos y las formas literarias, guardaron sus bolígrafos y plumas como escribas cansados y bebieron agua de botellas

que la organización del premio había dispuesto encima de la mesa. Carraspearon con incomodidad por el silencio que se había creado después de notar el agua súbita en la boca; quizá sintieron una mezcla parecida de reconocimiento y pena por el ganador. Dueños de un tiempo pretérito asolado, imperfecto, dos mil años de estupor inexpresable en la memoria de la especie, no olvidaban los signos estampados en un trozo de papel que daba la bienvenida al nuevo miembro a su selecto club y confirmaba algo más íntimo, que aquellos trazos ilegibles no podían mentir, y que eran ellos en el fin del mundo los ungidos, los salvados, los poetas.